

GLORIA MORENO

11 (337.7)

NINA

AAA3+56



EDITORIAL NASCIMENTO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

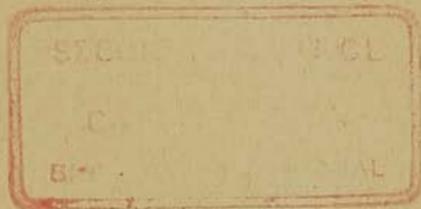
G L O R I A M O R E N O

11 (337-8)

N I N A

Y 34846

AGUAS ABAJO



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1940 CHILE



Es propiedad

Inscripción
Núms. 4968 y 5648

NINA

ALGO SOBRE NINA...

Sé que no es costumbre, entre nosotros, que el propio autor de una obra de teatro escriba un prólogo a su pieza.

El más estricto protocolo exige que sea más bien un escritor de cierta categoría quien, armado de toda su autoridad, de todos sus conocimientos y de toda su paciencia también, deje caer sobre las primeras páginas del libro su indulgencia, así como vierten los magnates—en las ceremonias oficiales—la espuma de “champagne” sobre los barcos nuevos que se lanzan al mar...

Yo no he querido eso.

He preferido llegar hasta Uds., desprovista de toda etiqueta, a explicarles dos cosas que mucha gente no logra explicarse: mi afición por el teatro y el motivo que me impulsó a escribir Nina.

* * *

El 17 de septiembre de 1889, la sección de la Crítica Literaria del Diario "La Época"—a cargo entonces de Carlos Luis Hübner—dedicaba una crónica a un joven poeta de veinte años que acababa de publicar un libro de versos sentimentales y festivos, muchos de los cuales estaban escritos en forma dialogada, a la usanza de la época.

"¿Por qué no hace comedias?, escribía el señor Hübner, refiriéndose al autor de "Guitarrazos".

"De seguro las haría muy buenas, sino excelentes.

"¿Por qué no contribuye de esa manera a establecer el Teatro Nacional?"

Pero, desgraciadamente, el joven poeta de entonces nunca tuvo tiempo para escribir comedias. El destino le tenía reservada una tarea mucho más sacrificada; pero más satisfactoria: la de defender los intereses nacionales en el periodismo, en el Parlamento y en la vida pública.

Aquel joven poeta de veinte años fué mi padre. No escribió comedias; pero me transmitió un poco de su facilidad para el diálogo y de su afición por el teatro...

¡De esa afición que yo me atrevería a llamar vocación, para no alarmar a nadie!

* * *

Nina—comedia sentimental en tres actos—obtuvo un primer premio en el Concurso de obras teatrales auspiciado por el Consejo del Teatro Nacional, en diciembre de 1935.

"Cuando se reunió el jurado—escribía don Antonio Orrego, en el "Imparcial" del 9 de enero de 1936—dije a los otros miembros de la comisión: Supongo que hay acuerdo en el primer premio.

La respuesta fué: ¡Exacto!, y en los labios de los tres sonó el nombre de "Nina". Tras el nombre de la obra premiada vino la pregunta curiosa: ¿De quién será?"

"Mi interés era grande—añade en una de sus charlas de teatro don Nathanael Yáñez Silva—y, ¿por qué no decirlo?, estaba un poco irritado ante el pseudónimo Karori, que ocultaba al autor de aquella comedia que por unanimidad tenía los sufragios para el primer premio del concurso".

(Karori... nada podía decir esta palabra a los miembros del jurado; en cambio, para mí, ella significaba mucho: era, nada menos, que el nombre de la pequeña ciudad de Nueva Zelanda en donde vino al mundo Catalina Mansfield, la autora de aquellos cuentos maravillosos).

El jurado hizo toda clase de conjeturas y cuando por fin se abrieron los sobres y dentro del que me correspondía encontraron un nombre de mujer, la sorpresa fué grande. ¡Casi tan grande como la mía, al imponerme del fallo del jurado!

—¡Creíamos que Ud. era hombre!—me dijo galantemente un caballero que había leído la obra... y esto, que en cualquiera otra oportunidad, me habría puesto furiosa, me llenó entonces de orgullo, porque había llegado a comprender que en Chile existe la creencia de que solamente los hombres son capaces de escribir piezas de teatro.

Estaba muy satisfecha y no era para menos.

Los periodistas venían a verme, me pedían mi retrato y me hacían mil preguntas.

—¿Es la primera vez que escribe Ud. comedias?

—¿Está Ud. contenta del triunfo que ha obtenido Nina?

Yo, ilusionada, respondí que estaba muy contenta; que el teatro me había atraído siempre; que había escrito pocas comedias todavía; pero que esperaba llegar a escribir muchas, con el tiempo.

—¿Qué persigue Ud. en el teatro?—insistían ellos.

Les contestaba que yo nada perseguía, que para mí escribir asuntos dramáticos constituía un agrado; un agrado muy grande, porque me daba la ocasión de crear un instante de vida, de animar personajes, de plantear un problema sin solución, como son la mayoría de los problemas que se presentan en la vida...

—¡Escribo teatro, les decía, como algunas mujeres dan fiestas, eso es todo!...

* * *

A veces, de un gesto... de una sonrisa... de una palabra que logre impresionarme, puede surgir toda una trama adivinada al través de la intuición y de la fantasía.

Nina surgió así... de nada... de casi nada...

Recuerdo cómo, una mañana cualquiera—hace de esto algunos años—entré en un edificio de departamentos ubicado en una calle cercana a la Alameda de las Delicias. Buscaba la dirección de un taller de costura para mandarme hacer un vestido, por indicación de una amiga.

Habrán observado Uds. que cuando una amiga accede a darnos la dirección de su costurera, es generalmente porque ésta ya no le sirve o porque ha descubierto otra mejor.

Hay que reconocer, sin embargo, que aquella modista que encontré aquella mañana, cosía y cose aún admirablemente; que es prolija, barata, puntual, condiciones doblemente meritorias en una muchacha poco acostumbrada a ganarse la vida trabajando. Si Uds. quieren comprobarlo y ver que no exagero, no tienen más que subir por la Alameda de las Delicias, doblar hacia la izquierda, entrar por la calle de... aunque, esperen... preferiría darles otro día la dirección.

Al entrar yo, aquella mañana, en casa de la modista, salió a mi encuentro una señora pequeña, menudita, de cabellos blancos y ojos grises, que llevaba puesta sobre la cabeza una toca de viuda, toda negra y adornada de un velo que le cubría los hombros.

Me sonrió con timidez, me ofreció un asiento y me alargó unos figurines.

—Espérela—me dijo dulcemente—no demora ya en venir. ¡Las mañanas están tan frías! Se levanta siempre tarde.

Esta señora parece tímida y aprensiva, pensé; debe ser afectuosa en exceso, pero incapaz de dar un consejo o de tomar siquiera una determinación.

En aquel mismo momento sonó el timbre de la entrada y la criada introdujo a una dama de figura arrogante, que lanzó, desde la puerta, una mirada circular, en la que quedamos incluídas, por no decir arrolladas, en el acto.

—¿Hace rato que espera?—interrogó, refiriéndose a mi persona y, sin atender a la respuesta, me interpeló directamente:

—Mi nuera debe hallarse con toda seguridad ocupada entregando la costura en el taller. ¡Se levanta siempre temprano!
Esta señora se mantiene inalterable frente a lo ineludible,

pensé para mis adentros, es de aquéllas que se obstinan por crear apariencias antes que soportar realidades.

La señora de los cabellos blancos dijo, en alta voz, a la recién llegada:

—Aconséjala que se cuide. Ya sabes que a mí no me hace caso. ¡Ni el menor caso!... y eso que soy su madre.

—La verdad es que yo tengo que estar en todo. Absolutamente en todo—comentó entonces la suegra.—¡Ah, si no fuera por mí! En aquel preciso instante apareció la dueña del taller.

Era una muchacha alta y rubia, de contextura frágil, un brillo extraño en los ojos y sonrisa desganada.

Me comprendió a las pocas palabras y me ayudó a encontrar lo que buscaba.

De vuelta a casa, llamé por teléfono a la amiga que me había proporcionado la dirección, y le dí las gracias. Sin saber por qué, simplemente por decir algo, agregué, a manera de comentario:

—Muy bonita me pareció tu costurera, ¿y muy desgraciada también, si es que no me equivoco?

Mi amiga rió de un modo peculiar al través del fono.

—¿Desgraciada? De ninguna manera. No la compadezcas. Créeme, lo pasa mejor que cualquiera de nosotras.

Más tarde supe que aquella muchacha se había casado muy joven y que el marido había fracasado en los negocios; que el fracaso lo llevó al juego y el juego a la bebida y que era ella quien mantenía el hogar gracias a su trabajo.

Supe, además, que durante las horas libres, ella se divertía por su cuenta concurriendo a los "dancings" y a los "cocktails", provocando, con este motivo, comentarios a su alrededor.

Días más tarde, estando en su taller, mientras me probaba un vestido, le pregunté interesada:

—¿Trabaja Ud. mucho, verdad?

—Sí. ¿Qué quiere que haga? Es indispensable trabajar a veces.

—Dicen que la felicidad consiste precisamente en eso—insinué con malicia—en trabajar; pero al mismo tiempo en divertirse...

—¡Divertirse no es ser feliz!—me contestó bruscamente, con tono extraño y agresivo, y como en aquel mismo instante terminara de probarme, abandonó vivamente la salita, a pasos rápidos, como si temiera traicionarse.

Salí y eché a andar Alameda arriba, pensando en aquella muchacha, casi una niña, joven y bonita, que trabajaba, se divertía mucho, y... que no era feliz...

G. M.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA